

COMUNICACIONES RECIBIDAS

NOVENA LISTA

106. Datos sobre el cultivo del maíz "Diente de Caballo" en Tolosa (Pedro Rodríguez de Ondarra).
107. Geología del Vaso de Articutza (Primitivo Hernández Sampelayo).
108. Recorridos por el Urumea (Primitivo Hernández Sampelayo).
109. Crustáceos interesantes de las aguas salobres de Guipúzcoa (Ramón Margalef y E. Balcells).
110. Quesos de oveja (Ignacio Gallastegui Artiz).
111. Situación de un yacimiento con restos humanos en Ibircu (Navarra) (Antonio Vega de Seoane).
112. Nombres vulgares alaveses del Bufo vulgaris. ¿Es "zarrapo" corrupción de "larrapo"? (Federico Puente Amestoy).
113. El nombre del helecho en euskera (Isaac López Mendizábal).
114. La desaparición del castaño. Sus causas y posibles soluciones (Bernando de Mesanza y Ruiz de Salas).
115. Tercera lista de aves anilladas (Sección de Anillamiento).

DE MIS RECUERDOS DE ARANZADI

POR

JOSE MIGUEL DE BARANDIARAN

El día 15 de agosto de 1917 conocí a don Telesforo de Aranzadi, al reunirnos en Ataun para emprender nuestra primera campaña de excavación de los dólmenes del Aralar guipuzcoano.

Antes había mantenido con él alguna correspondencia epistolar y había leído varios de sus libros, artículos y folletos. Y con los trazos y elementos de juicio que de ahí sacara, llegué a componer en mi interior una figura de Aranzadi como de hombre robusto y de talle regular y bien proporcionado. Pero esta imagen, inspirada en actividades del espíritu, hubo de ser enmendada al primer encuentro con su original, porque don Telesforo era de armazón corporal endeble, de cara enjuta y baja estatura, montado sobre una pierna —la derecha— más larga que la otra. Sin embargo, con su intensa labor de investigación y de estudio, con su sabia conver-

sación y aun con su sencillez en el trato y por su misma edad (tenía 30 años más que yo), me infundió profundo respeto y admiración desde el primer momento.

Después de comer en la casa "Antonionea" de Atáun, subimos por el desfiladero de Arrateta al balneario de aguas sulfuro-arsenicales de "Erremedio", situado a 500 metros de altitud. La señora y la hija de Aranzadi y el Dr. Eguren con su señora formaban también parte del pequeño grupo expedicionario. Nos alojamos en "Erremedio", tomando este establecimiento como centro de donde hiciéramos nuestras salidas a la estación dolménica de Aralar. Viajes de



D. Telesforo de Aranzadi y D. José Miguel de Barandiarán acompañados de dos operarios, a la entrada de la cueva vizcaína de Lumentxa, en 1927

todos los días; largos y penosos, puesto que los hacíamos a pie. Aranzadi no podía montar a caballo.

Al siguiente día de nuestra llegada a "Erremedio" iniciamos la excavación de los dólmenes del Aralar guipuzcoano, por encargo y con subvención de la Diputación de Guipúzcoa,

Aún conocíamos poco de la prehistoria del país vasco. Aranzadi había dedicado dos veranos a la excavación de los dólmenes del Aralar navarro y Eguren había efectuado una corta exploración en la sierra de Entzia, si bien ambos poseían extensos conocimientos de la ciencia prehistórica. En cuanto a mí, que hasta entonces había sido simple seminarista, no tenía de la Prehistoria más que nocio-

nes teóricas, y en compañía de aquellos maestros tenía que conducirme forzosamente como discípulo,

Aquella primera salida que hacíamos juntos no carecía de emoción. Entrábamos en campo inexplorado del que sólo conocíamos vagas leyendas y unas piedras misteriosas erigidas por hombres no menos misteriosos.

Aquellos días fueron una etapa decisiva en mi vida. En contacto con dos especialistas, sobre todo con aquel maestro de primera calidad, que era Aranzadi, y observando su modo de enfocar los problemas de la morfología cultural, empecé a cambiar de método en mis trabajos y estudios y a ver en las cosas nuevos aspectos.

En el curso de aquellas primeras exploraciones y en las discusiones a que daban lugar los problemas planteados por los hallazgos, comprendí que Aranzadi no era amigo de tomar las teorías por realidades. Mediante la investigación, procuraba ponerse en relación con las cosas, sin fiar demasiado a las hipótesis.

Se comprende, pues, que Aranzadi sintiera aversión hacia la "ciencia" puramente libresca. Le gustaba "el aprendizaje naturalista, en que se demuestra el movimiento andando", según lo declaró en el prólogo de un librito mío. Le interesaba más leer en la Naturaleza que en los libros. Un día le visitaron en Lequeitio dos antiguos alumnos suyos y le preguntaron si todavía seguía el método de prácticas en su clase de Barcelona. Como los tales habían pertenecido al linaje, desgraciadamente fecundo de los que a cada paso interrumpen al profesor con la consabida pregunta: "¿También esto entra en el programa de exámenes?", Aranzadi les contestó en tono compasivo: "Sigo como antes; pero no se inquieten: aún se venden en las librerías esos supuestos "comprimidos" de ciencia que se llaman libros de texto, que pueden sacar de apuros a los vagos y a los imbéciles".

Los epígrafes ostentosos, prometedores de grandes resultados, le ponían en guardia. El 11 de septiembre de 1919, presidiendo en Bilbao la sección de Ciencias Naturales del Congreso que la "Asociación Española para el Progreso de las Ciencias" celebraba en aquella villa, le presentaron un trabajo intitulado "La teoría de Laplace aplicada al origen de la vida". Había quien pretendía que fuese aprobado sin previa lectura de su contenido. Aranzadi se opuso a ello, afirmando su sospecha de que el texto no respondiera a título tan rimbombante. Se le dió lectura; pero no hubo persona que lo aprobara. El mismo autor del trabajo se confesó incapaz de responder a las observaciones que se le hicieron.

Ponía mucha diligencia en que las teorías no influyeran en el proceso de un estudio o investigación, ni en sus resultados. Hubo

un señor que presentó a la Sociedad de Estudios Vascos un plan de investigación sociológica, prolongándolo con la exposición de una nueva teoría de los hechos sociales. Aranzadi, que fué encargado de estudiarlo por la Sociedad, aconsejó a ésta que no se comprometiera a secundar dicho proyecto, porque temía que su autor pretendiera, no tanto el estudio objetivo de los hechos como la búsqueda de pruebas o apoyos para su teoría.

Colaboraba en la Enciclopedia Espasa y a él son debidos muchos de los artículos de ciencias naturales que figuran en ella. Encargábase, además, de corregir las pruebas de otros trabajos. Un de éstos, relativo a las Islas Canarias, ponderaba excesivamente la belleza de aquel archipiélago. Aranzadi puso al margen de las pruebas: "El Paraíso terrenal antes del pecado de Adán y Eva".

Nuestras exploraciones prehistóricas fueron subvencionadas por las Diputaciones de Guipúzcoa y de Vizcaya, por la Sociedad de Estudios Vascos y por la Comisión de Monumentos de Navarra,

En veinte años sucesivos dedicamos nuestras vacaciones estivales a explorar en colaboración los yacimientos y monumentos prehistóricos del país vasco. Así trabajamos juntos en la excavación de los dólmenes del Aralar guipuzcoano (dos campañas), de Aizkorri, de Atáun-Borunda, de Altzania, de Elósua-Plazentzia, de Urbasa, de Entzia, de Belabieta, de Auritz y Aurizperri, de Kalamua y de Basagañ; y en la de los yacimientos de Santimamiñe, de Lumentxa, de Ermitia, del Polvorín, de Bolinkoba, de Silibranka, de Atxurra, de las grutas artificiales de Alava y de la cueva de Urtiaga. En los primeros años colaboró con nosotros don Enrique de Eguren, eminente antropólogo y paleontólogo y excelente amigo a quien caracterizaba una hombría de bien poco común.

Los vestigios y restos corporales de hombres y de animales constituían el objeto principal del estudio que en los yacimientos y en los monumentos prehistóricos competía a Aranzadi; lo restante corría a mi cargo. El medía y dibujaba cada hueso antes de empaquetarlo, apuntando en su cuaderno de notas los datos relativos a la situación y circunstancias del hallazgo. Atento a su labor, no permitía que se le escapase inadvertido, en el lugar de la excavación o en el cedazo, ningún material o dato que interesara a su estudio. Por eso veía con desagrado las visitas de curiosos que nos distrajeran en nuestras exploraciones. Un día subieron unos bañistas de Laida a la cueva de Santimamiñe, donde a la sazón estábamos realizando las excavaciones de su yacimiento. Traían un perro que, pasando y repasando encima de una tabla donde se hallaban los artefactos descubiertos durante el día, los esparció por la tierra sin que los dueños del animal se inquietaran por ello. Aranzadi, que estaba

junto a nuestros obreros, dijo a éstos que ciertas personas harían bien en quedarse en la playa y no venir a molestar e impedir la labor de los demás. Uno de los bañistas que, sin duda, oyó estas palabras, se le plantó delante y le dijo: "Somos tan caballeros como usted". Aranzadi le miró sosegadamente y tras una breve pausa, le dijo: "Yo no soy caballero; en cuanto a usted, no niego que lo sea, pues *caballero* viene de *caballo*",

Hecho el acopio de datos, tanto en las campañas de investigación etnográfica como en las exploraciones prehistóricas, tras una revisión del material recogido, venía el estudio comparativo del mismo. Esta última tarea requería a veces desplazamientos de importancia, como las visitas que realizamos en 1922 a los museos de Francia y de Alemania, y en 1929 a los de Suiza y de Austria.

Después procedíamos a redactar las memorias, en las que describíamos la labor realizada y dábamos cuenta de nuestro estudio.

Cada uno escribía la parte que le correspondía: Aranzadi redactaba lo concerniente a la antropología y a la paleontología, siendo de mi cuenta lo referente a la descripción general y a arqueología. Acopladas ambas partes, la Memoria era enviada a la entidad subvencionadora de nuestros trabajos.

La labor inherente a una campaña de exploración, siquiera fuese ésta de quince días, resultaba siempre harto penosa. Piénsese en aquellos recorridos diarios, a pie y por parajes difíciles: de "Erremedio" a "Arraztaran" y a "Ueloguena" (primera campaña de Aralar); de "Enirio" a "Igaratza" y a "Unaga" (segunda campaña de Aralar); de Aránzazu a "Urbía" (campaña de Aizkorri); de "Kaseta" a "Intxusburu" (campaña de Atáun-Borunda); de Ursuarán a "Balenkaleku" y a Otzaurte (campaña de Alzania); de Elosua a "bukützeta" y a "Atxolin" (campaña de Elosua-Plazentzia); del Palacio de Urbasa a "Artekosaro" (campaña de Urbasa); de Burguete a "Atalosti" y a "Lindus" (campaña de Auritz y Aurizperri), etc. A las dificultades de desplazamiento se añadían el trabajo generalmente ingrato de la exploración y las incomodidades del lugar. En *Armor-kora'txikia* (dolmen de Urbasa), donde trabajamos en días muy calurosos, no teníamos agua con que saciar la sed. Antes de la comida tuvimos que lavar las manos (ensuciadas con la tierra que examinábamos) con el vino que llevaban nuestros obreros (1).

Hubo periodistas que en sus artículos se quejaron de los "dispendios" que las Diputaciones hacían, subvencionando las exploraciones prehistóricas. Más de una vez les salió al paso Aranzadi: su defensa no era difícil, pero sí necesaria, Setecientas cincuenta pesetas

(1) Nosotros no lo llevábamos, puesto que no gastábamos ningún licor.

nos dió la Diputación de Guipúzcoa en el primer año y mil en los siguientes. Casi todo lo que conocemos hoy del pasado prehistórico de esta región, obra de nuestro esfuerzo de veinte años, no costó a las arcas de su Diputación veinte mil pesetas. Algo más nos pagaba la Diputación de Vizcaya, lo que permitía que duraran más tiempo nuestras exploraciones en aquella región. Con todo, los gastos ocasionados por tales trabajos sobrepujaban en mucho a los créditos acordados por las Diputaciones y requerían siempre el concurso de nuestro peculio particular.

Los trabajos prehistóricos eran en Aranzadi un suplemento de sus estudios antropológicos y etnográficos. Le interesaban, ante todo, desde el punto de vista etnográfico, como a mí; además, por el material antropológico que pudieran proporcionarle.

Aprovechaba las exploraciones prehistóricas, además de las excursiones o viajes por el país vasco, para recoger numerosos datos de la vida tradicional de los pueblos. Entre sus papeles figuraban muchas notas relativas a aperos de labranza y al ajuar pastoril de Atáun, de la sierra de Aizkorri, de la de Urbasa, de Deva, de Cortézubi, de Abadiano, de Mañaria, de Navarniz, etc.

En la formación de los museos etnográficos de San Sebastián y de Bilbao desempeñó papel muy importante, y sus consejos fueron atendidos por los conservadores de aquellas colecciones. Observado el hecho o el objeto, buscaba sus fases precedentes que le permitieran una explicación razonable del mismo. Deseaba que los museos vascos reflejaran esta misma orientación.

En Etnología seguía en muchos casos las orientaciones de la escuela histórica y procuraba estar al día en cuanto a los resultados de este movimiento, no sólo mediante revistas y libros, sino también manteniendo relaciones directas con sus representantes más acreditados. A esto obedeció en parte que el año 1922 fuéramos a Colonia, donde escuchamos las sabias lecciones de Fritz Graebner y visitamos muy detalladamente las colecciones del Rautenstrauch-Joest-Museum.

En sus investigaciones del pueblo vasco no había hallado ningún vestigio de la práctica llamada *covada*, que algunos sociólogos atribuyen a los vascos. Por eso y porque los testimonios de los que han hablado de la misma no le parecían bastante fehacientes, opinaba que tal rito no había estado en uso entre los vascos de los últimos siglos. Lamentábase de que Buschan, W. Schmidt y otros etnólogos de prestigio hablaran todavía de la *covada* vasca. No perdía ocasión para hablar de ello a los más eminentes hombres de ciencia. Así, en unas conversaciones que tuvimos en Viena con el profesor Haberlandt, le habló largamente del tema.

Consideraba la cultura tradicional vasca como una unidad o conjunto original de diversos elementos, de los que muchos se hallan también en otros pueblos,

Algo semejante era su opinión acerca del tipo racial vasco: en él hallaba caracteres que también figuran en otras razas; pero su combinación en el vasco parecía un caso singular.

En cráneos eneolíticos de Navarra descubrió el mismo tipo y más tarde, en investigaciones que hicieramos juntos en Guipúzcoa, lo hallamos también en los dólmenes de aquella edad.

Restos humanos del Mesolítico que descubrimos en el yacimiento prehistorico de *Urtiaga* presentaban también la combinación de varios elementos o caracteres propios del vasco actual junto a otros de la raza de Cro-Magnon. Esto hizo pensar a Aranzadi que el tipo vasco podría ser el resultado de una transformación local del hombre de Cro-Magnon.

Otro aspecto de su actividad científica constituía el estudio de la, botánica. En las excursiones por el campo y en los sitios de exploraciones prehistóricas, procuraba enterarse de los nombres vulgares de las plantas locales y luego los apuntaba en su cuaderno de notas. Fuera interesante su publicación, caso de que se hayan conservado.

Aunque no hablaba la lengua vasca, llegó a conocerla en grado suficiente para coger al oído lo que se decía en una conversación cualquiera, y leía diariamente los artículos de los periódicos locales escritos en vascuence, cuando se hallaba en el país vasco.

La música le atraía y le encantaba. Cuando tenía a mano algún piano en los hoteles o posadas donde paraba, procuraba tocar algunas piezas de aires vascos que le recordaran su tierra y su pueblo.

Las correrías por montes y barrancos y los roces con la maleza y con la tierra, dejaban visibles huellas en nuestra indumentaria. Y por tales trazas apreciaban algunos nuestra categoría social y aun nuestro saber y nuestros planes.

Los pastores amezoanos que nos acompañaban como obreros en la excavación de los dólmenes de Urbasa, no se convencían de que nosotros buscáramos huesos, piedras y cascotes de vasijas, antes creían que, necesitados de dinero, andábamos tras los tesoros de oro que, según sus consejas, habían sido enterrados en aquella montaña por los gentiles. Y al contratarlos, nos pusieron como condición que, en caso de descubrir algún tesoro, lo repartiéramos a medias con ellos.

Yendo un día hacia Bedarona (en Vizcaya), una mendiga que venía de aquella localidad, después de contestar cariñosamente al saludo que le dirigiera Aranzadi, le hizo esta advertencia significa-

tiva: "En Bedarona poco Señorío", como quien dice: "Allí no recogeréis mucha limosna".

Al excavar la cueva de Ermittia, recibimos la visita de unos veraneantes que subían de Deva. Viendo los huesos y los artefactos que aparecían en la tierra, se sintieron naturalistas y prehistoriadores y con aire de maestros que se dirigen a sus alumnos, empezaron a someternos a un interrogatorio, haciéndonos preguntas insubstanciales sobre problemas y objetos que ellos decían haber estudiado en tal y cual Universidad y museo. Aranzadi a su vez les hizo esta pregunta: "Y en esos centros de enseñanza, ¿se estudia educación?". Esto los desconcertó y les hizo volver a su playa.

El pasar por pobre no le hacía mella; el pasar por ignorante no le inquietaba; pero no le agradaba que le tuviesen como hombre perteneciente a una raza que no fuese la suya.

Comiendo un día en un restaurante del parque zoológico de Berlín, unos señores se nos acercaron preguntando si éramos rusos. Yo les contesté negativamente y Aranzadi les declaró que éramos vascos y que hombres de nuestro tipo o casta no se hallaban en todas las Rusias.

Una tarde de domingo, allá por el mes de junio de 1929, hallándonos sentados en un banco de la *Freiheits Platz* de Viena, se nos acercó un desconocido que, colocándose en el mismo asiento, trabó conversación con nosotros. Nos habló, entre otras cosas, de los hebreos, vieneses y de los hombres célebres contemporáneos de raza judía. También nos enseñó un periódico, "El Tiempo", redactado en castellano e impreso en Viena con caracteres hebreos por los descendientes de los judíos expulsados de España. Y dirigiéndose luego a Aranzadi, le dijo: "Usted tiene tipo de judío". Aranzadi le contestó rápidamente: "No, no soy judío, ni tengo tipo de judío: soy vasco y mi cara presenta caracteres de la raza vasca". Continuo el desconocido señor hablándonos de sus viajes por Italia y por España, y refiriéndose concretamente a Andalucía, dijo que allí las personas de servicio de los hoteles y de las posadas son de escasa educación y que las ciudades y sus habitantes son de aspecto pobre y sucio. Aranzadi, que no gustaba de apreciaciones generales sobre pueblos y personas, le contestó poco más o menos en los siguientes términos: "Los conceptos de educación y de suciedad son quizás relativos: a usted le parecen sucios los andaluces; en cambio, los andaluces deben pensar que son sucios los judíos, pues los llaman marranos". Aranzadi creyó que nuestro interlocutor era judío, y tenía razón: unos días después, habiendo entrado por casualidad en una sinagoga, vi al misterioso viajero cantando la salmodia, enfundado en un velo humeral.

Aranzadi no era de los que toman la vida pasivamente para dejarse mover a la deriva como pieza flotante, siempre a merced del acontecer social.

Investigaba y ahondaba en el estudio de un aspecto del ser humano; pero también le inquietaba el sentido de la vida y lo inquiría y a este problema le otorgaba la primacía y a él consagraba meditaciones y conversaciones. Por mantener elevada su conducta en ese plano de su vida consciente, tomaba a veces sobre sí penalidades y sacrificios. Tal fué el viaje que hiciera a Oberamergau (en el que le acompañé) con el fin de ver la representación de la Pasión de Nuestro Señor. El día que pasamos allí fué un día de profunda meditación para Aranzadi.

En un 13 de agosto, víspera de la vigilia de la Asunción, la dueña del hotel en que nos hospedábamos declaró que ninguno de sus huéspedes comería de vigilia al día siguiente. Decía que los habitantes de una población próxima habían sido dispensados de observarla por la Iglesia y que no se podía consentir en que el pueblo de ella fuese menos privilegiado que el vecino. Aranzadi trató de convencerla de lo equivocado de su actitud diciéndole que el precepto de la abstinencia era un precepto de la Iglesia y que ésta podía dispensar de su cumplimiento a quienes presentasen razones suficientes para ello. “En esta población no tenemos tal dispensa —añadió Aranzadi—, y los que pertenecemos a la Iglesia tenemos obligación de cumplir el precepto”. Como la señora continuaba en su actitud, Aranzadi le dijo: “Si usted no quiere servirnos comida de vigilia, nosotros iremos a otro hotel”. Con esto la hostelera entró en razón y nosotros pudimos continuar en su establecimiento.

El 16 de junio de 1922, hallándonos en Lucerna, nos comprometimos a hacer un viaje en avión por encima de los Alpes. Teníamos que embarcar aquella misma tarde en el hidroplano “Ad Astra”. Unas horas antes fuimos a la iglesia de San Leger. Aranzadi estaba algo preocupado, pues era la primera vez que montaba en un aparato volante. Al entrar en la iglesia me dijo: “Encomendémonos al Señor para que nos acoja en su gloria, pues el de hoy puede ser nuestro último día en el mundo”.

Nuestra última campaña de investigaciones fué la de *Urtiaga* (Deva) en 1936. En ella participó también don Enrique de Eguren durante unos días. Fué la última vez que nos vimos juntos los tres que veinte años atrás nos habíamos reunido en Atáun para empezar la exploración sistemática de las estaciones prehistóricas del país vasco. La guerra civil que estalló poco después, nos lanzó en diversas direcciones. Me despedí de Aranzadi en Bilbao, donde él, preocupado con las noticias que la radio transmitía de Barcelona,

gestionaba su traslado a la ciudad condal para reunirse allí con su familia, mientras yo buscaba modo de trasladarme a Francia.

Durante la guerra civil poco pude comunicarme con Aranzadi. En carta fechada en Barcelona el 10 de enero de 1939, me comunicaba el envío de sus cuartillas para la última Memoria de las exploraciones de la cueva de *Urtiaga* que preparábamos en colaboración. Y a continuación añadía: "No deje de avisarme la llegada de este envío, que sería mi casi única satisfacción, además de la llegada de los comestibles. Demos gracias a Dios por todo ello a su tiempo y con saludos de mi familia se despide por ahora con esperanzas más lejanas que las de usted, sobre todo por su estado personal, de difícil restauración, su afmo, a. Telesforo de Aranzadi".

Fué esta la última carta que recibí de mi gran maestro y amigo. En los años siguientes, la situación creada por la guerra mundial nos impidió comunicarnos. A fines de marzo de 1945 leí en una revista la noticia, que me causó hondísima impresión, de la muerte de Aranzadi acaecida en Barcelona en el mes de febrero. Murió; pero su obra y su ejemplo continúan vivos. Jamás, en los estudios vascos, se podrá prescindir de sus investigaciones y de sus descubrimientos. Descanse en paz.

Sara, 17 de diciembre de 1950.

JOSE MIGUEL DE BARANDIARAN